

Tres apuntes

José Ignacio Eguizábal

La mirada

«Este libro trata del espacio, del lenguaje y de la muerte; trata de la mirada». Así comienza uno de los textos fundamentales de Foucault. Muestra como tantos, el empeño fundamental de la filosofía: llevar al límite el análisis, concretar prácticamente el designio primero de la contemplación. La mirada, hecha análisis, se lanza contra lo real y lo escudriña, lo trocea, lo domina; lo hace objeto, en definitiva.

La filosofía como saber, sin embargo, no empieza en el análisis sino de un modo más noble, más desinteresado: en la contemplación. Ya se sabe que el búho representaba el animal-símbolo de la filosofía; se le hizo reposar en el hombro de Atenea mostrando la imagen más fiel del saber, de la inteligencia, del conocimiento. Muchos siglos más tarde pareció cumplir, por fin, su designio en un filósofo que tal vez cerró un ciclo, un modelo: Hegel.

Hegel, el filósofo que creyó saberlo todo, conocerlo todo, hizo volar ese búho al atardecer para explicar el mundo y la vida una vez que estos han ocurrido.

Mirar. ¿Por qué llega a nosotros con insistencia la imagen del poeta, de Homero, ciego?, ¿qué vio el cantor de lo divino para mostrárenos así? Tal vez y precisamente, lo divino, la vida en su encanto primordial.

Sabemos que Orfeo —la música, que es también encantamiento— en su bajada a los infiernos hubo de pactar con las divinidades subterráneas el rescate de su amada, de Eurídice. El propósito era descomunal, sobrehumano: rescatar al amor, de la muerte. Podría rescatarla, sí, pero no podía mirarla hasta llegar arriba. Y en ese retorno que hubo de parecerle sin fin, Orfeo no resistió; inquisitivo, asustado, temeroso, volvió la cabeza para mirar a Eurídice para asegurarse de que su viaje no había sido en vano. Apenas la vio tras de él, comprendió que el pacto había de cumplirse y que la había perdido para siempre. Miró para ya no poder verla más.

Extraño pacto y extraño infortunio. Tan extraño como el de Psique, el Alma, que quería gozar del Amor, de Eros. Había de ser en la noche y no podía mirarlo. Las nupcias del Alma y el Amor según el extraño relato de Apuleyo se celebran con la prohibición expresa de que el Alma vea a su Amado. Porque es un dios y la mirada le obligaría «a levantar el vuelo».

Si el Alma perdió al Amor fue, precisamente, por querer mirarlo. Qué extraña paradoja para nuestra cultura entregada del todo al mirar.

Conservamos un lecito hallado en Mirrene. La escena vuelve a sorprendernos: a un lado dos ancianos padres que han perdido a su hija; en el otro, la joven que se va con un porte extraño de serenidad. Por los padres ya han pasado el dolor y la desolación pero sus rostros no se han resquebrajado, miran a su hija. Lo más extraño de la escena, sin embargo, es que en medio aparece –majestuosa– la imagen de Hermes, el psicopompo. Parecería, pues, un dibujo dedicado a los dioses y no a nosotros porque es claro que ni los padres ni la que se va, lo ven. Es invisible para ellos aunque esté asombrosamente presente.

Ya les pareció a algunos filósofos griegos que el contemplar aunque fuera a lo más perfecto, no era suficiente. Que tal vez el destino de la vida, el enigma del amor y de la muerte, están más allá del que mira y de lo que es mirado.

Tanta insistencia, de otra parte, en el no-ver, en el no-saber parecería apuntar que tal vez lo divino, el amor y la muerte no sean propiamente objeto de saber. La inteligencia queda detenida. ¿Serían constelaciones más bien del sentir o del presentir, del corazón? Del delirio divino, en todo caso. Para nada del análisis, del escrutinio escrupuloso. Ni siquiera la noble contemplación que designó la filosofía griega sería suficiente y por eso, quizá, uno de sus últimos maestros –Plotino– apuntaba las virtudes de la inteligencia: «La inteligencia está dotada de una doble potencia (..) la primera es la contemplación propia de una inteligencia cuerda; la segunda es inteligencia enamorada, cuando se enajena, embriagada de néctar; y entonces es cuando, desencogida y eufórica por la saturación, se vuelve inteligencia enamorada. ¡Más vale emborracharse con semejante borrachera a guardar la compostura!».

El sueño de Ulises

La mitología. La mitología griega, algunos mitos. No ha sido en vano el esfuerzo de más de dos siglos de antropología, escuelas y

modas. Es inútil, sin embargo, el empeño por dictaminar el sentido o el sin sentido de lo mitológico. La ciencia resuelve... y los mitos siguen ahí. Algunos con una insistencia férrea mientras llueven sobre ellos los discursos y los análisis: como la nieve sobre la campana según afirmaba Heidegger respecto de la poesía de Hölderlin y sus comentaristas.

Cierta mitología manifiesta, quizá, lo que Borges señalaba respecto al hecho estético: la inminencia de una revelación.

Algunos mitos, alejados de nosotros, se nos presentan en un estadio anterior al discurso, anterior al decir. No nos dicen, ¿nos interpelan?, se anuncian y permanecen fijos y enigmáticos. Volviendo a Schelling, se sitúan en los confines del saber; propiamente más allá del saber, donde éste termina. Inaccesibles al conocimiento, parecen la condición de posibilidad de otros tipos de conocimiento, de nuestra interpelación a ellos o de su escucha.

Hemos hablado de ciertos mitos griegos; la *Odisea* compendia algunos de especial valor. Se compuso seguramente con el ánimo de emular a la gran *Iliada*. No posee su formidable *epos* heroico e incluso lo divino empieza ya a acartonarse. Sin embargo, a lo heroico se le suplanta con la aventura y, sobre todo, con la simbólica del *nostos*, del regreso.

No es de extrañar que el neoplatonismo acogiera esta metáfora entre sus predilectas. El alma retorna a la Patria como Ulises a Ítaca. Al otro extremo y ya en nuestro tiempo, la Escuela de Frankfurt vio en Ulises al varón propietario. Adorno, el gran musicólogo que no supo escuchar el jazz, oía en la aventura de las Sirenas, la imagen perfecta del concierto burgués: Ulises atado como el oyente que sólo puede contemplar. Los remeros como trabajadores en la fábrica real del mundo.

Al margen de esta y otras muchas interpretaciones, Ulises es el «retoño de Zeus» que ha de retornar a Ítaca, al hogar. «Rico en ardidés» es también el sufriente. Recuerda a todos que a su parentesco con lo divino hay que añadir que es «sufrido de entrañas». Ha sufrido tanto o más que cualquiera y pone todo su esfuerzo y su astucia en el retorno a Ítaca que se producirá si los dioses lo consienten. Ulises «mañero» es también —como las Musas de Hesíodo— un mentiroso.

Con un pie ya en la novela, los estratos de la *Odisea* muestran materiales de diversa procedencia y antigüedad. El descenso a los infiernos (¿el más antiguo?), la gruta de Polifemo... aventuras y peripecias. Puede que los estratos, en orden de antigüedad, vayan por tanto, desde

el chamán al aventurero que toca ya la novela. Muy diversos viajes, en verdad.

Llama la atención, sin embargo, un episodio: la gruta de Calipso. De hecho, el poeta da a entender que la mayor parte del tiempo transcurrido entre la salida de Troya y la llegada a Ítaca transcurre para Ulises en aquella gruta.

Habita con la ninfa desde que arribó a sus costas, arrojado por la tormenta; ella lo acogió y convive con el héroe. Para la divinidad el néctar, para Ulises excelentes manjares mortales. La ninfa lo desea consigo para siempre y Ulises, sin embargo, añora partir. La diosa quiere –y puede– hacerlo inmortal si permanece con ella. ¿Por qué Ulises no acepta? , ¿es que prefiere morir con los suyos –el extremo de la solidaridad del hombre con lo humano– antes que ser inmortal con la ninfa?

No. La prioridad del héroe y su fundamento es cumplir su tarea; hacer lo posible para retornar a la patria. Por eso la aventura con Calipso no es una peripecia más. No es, propiamente ni una peripecia porque es el único episodio en el que el héroe no puede actuar. Solo será el protagonista de la *Odisea* cuando le consientan salir de la gruta. Cuando Hermes lo saque de allí. Después y continuamente le ayudará Atenea enseñándole, facilitándole el camino, mostrándole abiertamente ciertas estratagemas. Pero aquí Atenea no se dirige a Ulises sino a Zeus. No le ayuda, le saca directamente de la gruta para salvarle, a través de Hermes.

Ulises está hechizado por Calipso. Duerme. Por eso no puede actuar. La inmortalidad –promesa de la ninfa– no le hubiese sido permitida más que como juguete de Calipso. Está atrapado en su red. Y no porque sea una hetaira como sugiere Adorno sino porque le ha encerrado en un círculo mágico que le impide hacer, impidiéndole ser. No es humano, no es héroe, no es Ulises. Es, por el momento, el sueño perpetuo de Calipso.

Atenea intercede ante Zeus para que Calipso lo suelte, Para que despierte. Zeus envía a Hermes con el mandato y la ninfa –de mala gana– cede.

El héroe sólo puede, dentro de ese círculo, aflorar. Y eso es lo que hace. Pero no es una acción más, una estratagema, un nuevo ardid; porque sin la intervención directa de Zeus no hubiese podido salir de la gruta.

Cuenta sus aventuras a Calipso, cada noche una distinta –así lo pinta Ovidio que imagina al héroe como una Scherezade. Pero la ninfa